Mujeres colonas, memoria y ficción: representaciones femeninas en la narrativa histórica sobre las Nuevas Poblaciones carolinas, 1944-2026

Adolfo Hamer-Flores[1]
Universidad de Sevilla

1. Introducción

El estudio de las mujeres en la narrativa histórica sobre las Nuevas Poblaciones carolinas exige situarse en un espacio de cruce entre historia social, historia cultural y análisis literario[2]. Las obras examinadas no pueden utilizarse como fuentes directas para reconstruir la vida femenina en las colonias fundadas durante el reinado de Carlos III, aunque muchas de ellas se apoyen en documentación, genealogías familiares, tradiciones locales o episodios históricos reconocibles. Su interés reside, sobre todo, en la forma en que la ficción ha imaginado a las mujeres dentro de ese pasado colono, en los papeles que les ha asignado y en los silencios que ha reproducido, desplazado o tratado de reparar. La pregunta principal de este trabajo se centra, por ello, en cómo han sido representadas las mujeres de las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena y Andalucía en un conjunto significativo de narraciones publicadas entre 1944 y 2026, sin pretender reconstruir a partir de ellas cómo fueron exactamente aquellas mujeres[3]. Desde esta perspectiva, la ficción se convierte en un espacio de elaboración cultural del pasado, donde se cruzan memoria familiar, identidad local, imaginarios comunitarios y sensibilidades contemporáneas hacia el género.

---

[1] https://orcid.org/0000-0001-5216-5470

[2] El presente estudio se enmarca en la actividad investigadora del Grupo de Investigación consolidado del PAIDI de la Junta de Andalucía HUM-1038 *Historia, práctica del poder e instituciones (siglos XVIII-XXI)*.

[3] La distancia cronológica entre *Por trescientos reales* (1944) y la mayor parte de las obras posteriores no responde solo a la selección del corpus, sino también a las condiciones de producción y circulación de esta narrativa. El aumento de novelas, historias noveladas y relatos de memoria local sobre las Nuevas Poblaciones desde comienzos del siglo XXI guarda relación con varios factores convergentes: la conmemoración en 2003 del segundo centenario del fallecimiento de Pablo de Olavide, la celebración en 2017-2018 del 250 aniversario del Fuero de las Nuevas Poblaciones y de su puesta en marcha, el apoyo puntual de instituciones locales vinculadas a las antiguas colonias y, de forma muy significativa, las mayores facilidades ofrecidas por la autoedición y la impresión bajo demanda.

La oportunidad de este enfoque se comprende mejor si se recuerda el desarrollo desigual de los estudios sobre mujeres en las Nuevas Poblaciones. La historiografía neopoblacional se ocupó durante mucho tiempo de la procedencia de los colonos, la evolución demográfica, la distribución territorial, el urbanismo, el régimen jurídico o la actuación de la administración borbónica, mientras que la mujer, la familia y la vida cotidiana quedaron en una posición secundaria. Este campo constituyó hasta tiempos relativamente recientes un verdadero páramo historiográfico, pese a que las mujeres fueron aproximadamente la mitad de la población y a que resulta difícil valorar una colonización agraria sin atender a los rasgos principales de su existencia (Hamer Flores, 2019, pp. 101-103). Esta desigual atención historiográfica obliga a distinguir entre las mujeres que pueden documentarse históricamente y las que la narrativa reconstruye desde la ficción. Las posibilidades de conocer a las primeras están condicionadas por la escasez, fragmentación y dispersión de las fuentes; las segundas se construyen en el espacio más flexible de la ficción, donde pueden intensificarse ciertos rasgos, omitirse otros o proyectarse sobre el pasado preocupaciones del presente.

La perspectiva de género ayuda a evitar una lectura meramente cuantitativa, limitada a comprobar si las mujeres aparecen, o no, en las novelas. La historia de las mujeres y de género ha insistido en que la renovación historiográfica no consiste solo en añadir sujetos femeninos a relatos ya construidos, sino en formular preguntas nuevas sobre jerarquías, relaciones sociales, discursos y prácticas que ordenan históricamente la diferencia sexual. En el debate publicado en la revista *Ayer* sobre el pasado y futuro de esta línea de investigación se subrayaba que la historia de las mujeres nació vinculada a la historia social, pero renovó sus temas, métodos y categorías al desplazar la mirada hacia experiencias que habían quedado fuera de los grandes relatos (Nash et al., 2016, pp. 249-252). En una línea ya clásica, Scott (1986, pp. 1053-1075) propuso el género como categoría útil de análisis histórico porque permite estudiar la producción de significados y relaciones de poder en contextos concretos. Aplicado al corpus carolino, este planteamiento lleva a considerar qué personajes femeninos aparecen, qué funciones desempeñan, qué margen de decisión poseen, desde qué mirada se construyen y cómo se relacionan con

ámbitos como el trabajo, el matrimonio, la maternidad, la violencia, la propiedad, la memoria o la transmisión cultural.

Esta diferencia entre presencia y capacidad de actuación resulta especialmente útil para analizar el corpus. Una obra puede conceder abundante espacio a las mujeres y mantenerlas, sin embargo, subordinadas a la trayectoria de los varones, a la continuidad del linaje o a la función moral que el relato les atribuye. También puede ocurrir lo contrario, que una presencia aparentemente discreta pueda organizar el sentido de una escena, sostener la continuidad familiar o condicionar una decisión decisiva. De ahí que el análisis no pueda reducirse a una enumeración de protagonistas, esposas, madres, hijas, viudas o criadas. Interesa determinar en qué momentos esas figuras adquieren capacidad para orientar la acción y cuándo permanecen principalmente vinculadas al soporte afectivo, simbólico o sentimental del relato.

El corpus presenta, además, una dificultad terminológica que conviene resolver desde el principio. Algunas obras se ajustan con claridad a la novela histórica, mientras que otras se aproximan más a la historia novelada, la ficción documental, el relato genealógico o la memoria local ficcionalizada. Por ello se empleará la expresión narrativa histórica de tema carolino para designar el conjunto de textos que recrean, total o parcialmente, la fundación, el asentamiento, la vida cotidiana, los conflictos, la memoria familiar o las consecuencias históricas de las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena y Andalucía. El uso de esta denominación permite incluir obras de calidad literaria y grados de ficcionalización muy diversos sin forzar una adscripción genérica estricta[4].

La selección del corpus se ha guiado por tres criterios complementarios. En primer lugar, se han considerado obras en las que las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena y Andalucía desempeñan una función reconocible, ya sea como escenario de la acción, como origen de una memoria familiar o como horizonte identitario de la comunidad narrada. En segundo lugar, se han priorizado los textos que permiten analizar con suficiente profundidad la representación de las

[4] Fernández Prieto (1996, pp. 185-186) entiende el género histórico como una categoría pragmática y textual que funciona como modelo de escritura para los autores y como horizonte de expectativas para los lectores. Desde esta perspectiva, interesa menos decidir si cada texto es una novela histórica en sentido estricto que observar cómo emplea materiales históricos para producir una imagen del pasado y, dentro de ella, una determinada imagen de las mujeres.

mujeres, bien porque incorporan personajes femeninos relevantes, bien porque su tratamiento de la familia, el trabajo, la violencia, la propiedad o la memoria resulta significativo para el problema estudiado. En tercer lugar, se ha distinguido entre obras de mayor rendimiento analítico, obras de apoyo y textos periféricos. Las primeras sostienen los argumentos principales por la importancia que conceden a la experiencia femenina o por su peso en la evolución del corpus; las segundas permiten comprobar recurrencias, introducir contrastes o matizar modelos dominantes; las terceras ayudan a delimitar el fenómeno, aunque no siempre requieran un desarrollo específico.

Por trescientos reales, de Rudolf Adolf Kaltofen, ocupa un lugar inaugural porque convierte la colonización de Sierra Morena en experiencia familiar, afectiva y migratoria, con Teresa Teclemayr como figura de notable densidad simbólica. Las obras posteriores amplían o desplazan ese modelo mediante sagas familiares, ficciones de memoria local, tramas de violencia, historias de linaje y relatos de transmisión intergeneracional. Entre los textos de mayor utilidad para este estudio se encuentran el ciclo de Alberto J. Fílter García sobre Cañada Rosal, *Razones, esperanzas y sin razones*, *Margaritha*, *Las alas del albatros*, *1767 Pipirigallo*, *1767 Espuma de plata*, *La esposa de don José*, *El último otoño*, *El árbol de los silencios* y *Al servicio de Viena*[5]. Junto a ellas se atiende, con un peso distinto, a obras como *Las raíces de la tierra*, *Intrigas en Écija*, *Juan Jacobo y las luces*, *A la sombra de una oliva*, *Una historia andaluza*, *Erika y el sueño español*, *Entre guerras, el diario de Enrique Seiler*, *El secreto de don Agustín* y *En el nombre de Teresa*. Su presencia en el análisis responde a su interés para valorar tópicos persistentes, modelos secundarios o formas particulares de memoria local.

La hipótesis de partida sostiene que la narrativa histórica carolina ha representado a las mujeres como figuras indispensables para la fundación moral, familiar y afectiva de la comunidad, aunque esa centralidad no siempre se

[5] Se incluyen en el corpus *El último otoño*, *El árbol de los silencios* y *Al servicio de Viena*, obras de autoría propia, porque las tres forman parte de la narrativa histórica reciente sobre las Nuevas Poblaciones carolinas y su exclusión habría empobrecido la visión de conjunto del fenómeno estudiado. Debe precisarse, no obstante, que estas novelas fueron escritas y publicadas antes de concebirse la presente investigación, por lo que no fueron elaboradas con la intención de intervenir en las categorías de análisis aquí empleadas. Su tratamiento en este trabajo responde a los mismos criterios aplicados al resto del corpus, atendiendo a su representación de las mujeres, la memoria familiar, la vida doméstica y la transmisión del pasado colono.

traduzca en autonomía narrativa. La esposa colona, la madre fundadora, la viuda que asegura la continuidad del lote de tierra, la joven que transmite memoria e identidad o la mujer que sostiene la casa aparecen con frecuencia como elementos imprescindibles para que la colonización pueda ser narrada. Sin embargo, durante buena parte del conjunto de obras estudiado esa importancia queda encauzada por estructuras que privilegian la acción masculina, la genealogía patriarcal, la mirada del narrador varón o la autoridad institucional. En una parte de la narrativa más reciente adquieren mayor presencia la interioridad femenina, la violencia silenciada, el trabajo no reconocido, la desigualdad jurídica y las formas de memoria que las descendientes conservan o reconstruyen. Esta evolución no debe entenderse como un progreso lineal, porque incluso las obras recientes pueden reproducir idealizaciones, anacronismos o soluciones melodramáticas. Lo que sí permite advertir es una sensibilidad distinta hacia la mujer colona como sujeto de experiencia, junto a los papeles familiares o comunitarios que tradicionalmente habían concentrado su representación.

Este trabajo se organiza a partir de problemas interpretativos. En primer lugar, se estudiará a la mujer como sostén cotidiano de la colonización, atendiendo a la casa, el cuidado, la alimentación, la enfermedad, la crianza y la supervivencia día a día. Después se abordará la relación entre matrimonio, maternidad y linaje, porque buena parte de la narrativa carolina recuerda el origen de las Nuevas Poblaciones a través de la continuidad de las familias, los apellidos y las descendencias. El trabajo femenino visible e invisible ocupará un apartado propio, en diálogo con la historiografía que ha señalado la importancia de las mujeres en las actividades agrarias, domésticas y productivas de las colonias. También se examinarán la vulnerabilidad, la violencia y el control del cuerpo femenino, ámbitos especialmente presentes en algunas obras recientes. A partir de ahí se estudiarán las formas de actuación femenina, muchas veces desplegadas en espacios domésticos, afectivos o patrimoniales, antes de cerrar con una reflexión sobre mujeres, escritura y memoria del pasado colono. Esta estructura permite valorar la amplitud y evolución del corpus sin reducirlo a una cronología mecánica ni a una acumulación de argumentos novelescos.

El objetivo último consiste en mostrar que la narrativa histórica de tema carolino ofrece un campo fértil para estudiar la relación entre historia de las

mujeres, memoria local y ficción. Estas obras no restituyen la voz real de las colonas extranjeras y españolas que vivieron en las Nuevas Poblaciones, pero sí permiten observar cómo distintas generaciones de autores han imaginado su lugar en aquel proyecto agrario, qué papeles les han concedido y qué silencios, olvidos o deseos de reparación han asociado a sus figuras. Las representaciones analizadas muestran con frecuencia una colonización narrada a través de familias, tierras y linajes en la que las mujeres participan mediante la migración, el trabajo, la maternidad, la enfermedad, el cuidado y la transmisión de la memoria. La mujer colona narrada no sustituye a la mujer histórica, pero ayuda a comprender cómo una comunidad se representa a sí misma cuando vuelve literariamente sobre su origen y decide qué vidas merecen ser contadas.

2. La mujer como sostén cotidiano de la colonización

La narrativa histórica de tema carolino muestra que la colonización no puede entenderse únicamente como una operación administrativa, una empresa agraria o una política ilustrada de poblamiento. Las obras analizadas desplazan con frecuencia el centro de gravedad desde la decisión del rey, el Fuero, la actuación de Olavide o la distribución de suertes hacia la vida concreta de las familias que debían hacer habitable el espacio recibido. En ese desplazamiento, la mujer aparece como base doméstica y práctica de la colonización, aunque no siempre se la nombre de ese modo. La casa no se sostiene sola, el lote no se convierte en explotación sin una organización cotidiana y la migración no se transforma en arraigo sin alimentación, cuidados, partos, crianza, aprendizaje lingüístico, gestión de la escasez y adaptación a un entorno desconocido. Una lectura transversal del corpus permite advertir así hasta qué punto la promesa colonizadora dependía también de mujeres que hacían posible su dimensión doméstica, productiva y comunitaria.

Este planteamiento literario encuentra un apoyo necesario en la historiografía. Moreno Martínez (2022, pp. 237-238 y 247-248) ha insistido en que la vida de las colonas debe estudiarse a partir de ámbitos diversos como educación, trabajo, ocio, costumbres, conflictividad social y propiedad, precisamente porque su integración en aquella sociedad agraria no puede reducirse a la condición de esposas o madres. En su análisis del trabajo femenino recuerda que las mujeres participaron tanto en las suertes como en

actividades industriales y artesanales, y recoge testimonios sobre la exigencia de que trabajaran “hasta las mujeres”, así como la idea de que las hijas y esposas de labradores ayudaban a padres y maridos en las labores del campo de acuerdo con sus fuerzas. Estos testimonios aconsejan no separar de forma rígida domesticidad y economía, ya que en una colonización agraria de poblamiento familiar el hogar formaba parte de las condiciones materiales de la explotación.

Por trescientos reales ofrece una formulación especialmente clara de esta cuestión. Teresa Teclemayr concentra buena parte de la dimensión corporal y doméstica de la emigración. Su trayectoria no se agota en seguir a Pepp hacia una tierra prometida, ya que su miedo, su religiosidad, su enfermedad, su maternidad y su esfuerzo cotidiano dotan a la colonización de una densidad humana que el relato administrativo no podría proporcionar. La lectura del folleto del “Puerto de la Felicidad” muestra que la propaganda colonizadora no interpela solo al varón como futuro poseedor de la tierra, sino también a la mujer pobre que imagina en esa salida una posibilidad de vida distinta. El trabajo físico de Teresa durante la roturación inicial resulta aún más significativo. Cuando mujeres y niños amontonan piedras y descuajan palmeras enanas, la novela reconoce que la transformación efectiva del terreno fue también una labor familiar en la que participaron mujeres (Kaltofen, 1944, pp. 13 y 98-99).

La misma obra muestra que la aportación femenina más constante se expresa a menudo bajo la forma de la vida doméstica. Teresa organiza la casa, administra alimentos, cede comida y sostiene una red doméstica de cuidados y recursos que no siempre se nombra como trabajo, aunque resulta imprescindible para que la explotación familiar continúe. Su reacción ante la medición y división de la huerta añade un matiz decisivo, pues, cuando exige explicaciones, pese a no dominar la lengua ni los procedimientos administrativos, defiende un espacio productivo que reconoce como suyo por el uso, el cuidado y la vida diaria (Kaltofen, 1944, pp. 103 y 149-150). La huerta no es un simple anejo de la casa, sino una zona de subsistencia donde la mujer puede percibir una amenaza concreta antes que un conflicto abstracto de propiedad.

El ciclo de Alberto J. Fílter García sobre Cañada Rosal prolonga esta representación con un tono más genealógico y local. En *Puerto de felicidad*, Mariana/Marianne Hebix convierte la emigración en poblamiento familiar. Su matrimonio con Jorge Adán Fílter no posee solo valor afectivo, puesto que

permite que la pareja sea reconocida como unidad colonizadora con derecho a lote completo. La mujer entra así en el proyecto por medio del vínculo conyugal, aunque ese mismo vínculo la hace imprescindible para que la familia pueda ser reconocida como núcleo de poblamiento. La división de tareas muestra a mujeres y niños en labores domésticas y de apoyo constructivo, con especial atención a la comida, la limpieza, la preparación de materiales y la organización cotidiana del asentamiento (Fílter García, 2008, pp. 197-203 y 240-244). La novela proyecta una domesticidad quizá más ordenada de lo que debió de ser la realidad inicial, pero reconoce que el asentamiento se apoya en tareas femeninas constantes.

Forjadores de sueños lleva esa dependencia doméstica y familiar a un terreno aún más evidente mediante la muerte puerperal de Mariana y la entrada de Margarita Cron en la unidad doméstica. El fallecimiento de la primera esposa no produce únicamente duelo afectivo, sino una crisis de organización en una casa campesina que necesita cuidados, cocina, crianza, limpieza y apoyo diario. Margarita aparece primero como criada y después como esposa, lo que revela cómo la aportación femenina podía ser absorbida por categorías familiares que suavizaban su dimensión económica (Fílter García, 2012, pp. 69-103). Su figura no debe leerse solo como sustituta sentimental de Mariana. La recomposición de la familia depende de una presencia femenina capaz de sostener la vida diaria y hacer posible la continuidad de la explotación.

Esta lectura se refuerza cuando se atiende a obras secundarias que, sin alcanzar el peso analítico de Kaltofen o Fílter, reproducen la misma asociación entre colonización, familia y habitabilidad. *Las raíces de la tierra* insiste en la migración familiar, la muerte en ruta, la maternidad y la participación de las mujeres en la economía doméstica y agraria, aunque lo haga con una elaboración literaria más limitada (Mugar, 2017, pp. 113-117 y 173-180). *Intrigas en Écija*, centrada en el conflicto institucional de Fuente Palmera en sus primeros años de existencia, concede a las mujeres una presencia mucho más breve, pero la figura de Catalina, marcada por el embarazo, la precariedad de la vivienda y la incertidumbre ante el parto, recuerda que incluso los relatos dominados por la acción administrativa descansan sobre cuerpos femeninos expuestos a la dureza física y doméstica del asentamiento (Tubío Adame, 2018, pp. 21-24). También *Erika y el sueño español*, pese a desplazar pronto la trama hacia una aventura

de supervivencia, presenta el proyecto colonizador como promesa de amparo para una madre y una hija cuya vulnerabilidad económica y corporal condiciona el sentido inicial de la emigración (Mugar, 2021, pp. 5-8 y 62). En un registro distinto, *Al servicio de Viena* abre su intriga en torno a Margaretha Huber y el Pozo de la Adelfa, un espacio de abastecimiento, sociabilidad y cautela donde el agua, la lengua y la inseguridad del camino recuerdan que la vida diaria de la colonia dependía también de desplazamientos femeninos ordinarios, aparentemente menores, pero imprescindibles para la supervivencia cotidiana (Hamer, 2026b, pp. 9-17).

El último otoño profundiza en esta dimensión desde una memoria íntima. La novela desplaza el eje heroico de la colonización hacia cartas, pan, sopa, infusiones, costura, cuidado de enfermos, nacimientos, muertes infantiles y administración de la casa (Hamer, 2026a, pp. 13-17, 47-48 y 83-94). Rosine cuida al narrador enfermo en el presente de la escritura, mientras Marie ocupa el centro afectivo del pasado y Catalina prolonga gestos de cuidado y transmisión. Esta acumulación de prácticas no tiene un valor decorativo o secundario. La colonización aparece como experiencia corporal y doméstica, atravesada por mujeres que alimentan, atienden, recuerdan y organizan la continuidad de la familia. La casa forma así parte de los espacios donde la experiencia histórica del asentamiento adquiere continuidad y sentido.

A lo largo de estas obras, la fundación adquiere una dimensión cotidiana que comienza cuando las familias consiguen convertir un territorio extraño en un espacio practicable. Teresa amontona piedras, administra alimentos y defiende la huerta; Mariana convierte la migración en hogar y familia; Margarita Cron recompone una unidad familiar dañada por la muerte; Margaretha Huber desciende al pozo en busca de agua en un paisaje donde abastecimiento y prudencia forman parte de la vida diaria; Marie y Rosine sostienen la memoria, el cuidado y la continuidad doméstica. La narración puede seguir presentando a los varones como cabezas de familia, titulares de suertes o depositarios de los apellidos que se legarán a sus descendientes, mientras estas escenas muestran que el arraigo dependía también de una trama femenina de cuidado, organización cotidiana y transmisión.

3. Matrimonio, maternidad y linaje: la mujer como garantía de continuidad

La narrativa histórica que aquí se analiza concede al matrimonio y a la maternidad una función estructural que desborda la organización afectiva de los personajes. En buena parte del corpus, casarse, tener hijos, enviudar, volver a casarse o conservar la memoria de los descendientes funcionan como formas mediante las que la colonización se asegura su continuidad social. La tierra repartida por la administración necesitaba familias que la trabajasen, hijos que asegurasen la transmisión de las suertes, viudas capaces de preservar los bienes de los menores y matrimonios que actuasen como unidades domésticas en un espacio nuevo. Por ello, la mujer aparece con frecuencia como garantía de permanencia, aunque esa posición se formule de manera ambigua. Su presencia resulta necesaria para asegurar linaje, casa, herencia y memoria, sin que esa centralidad implique siempre un margen equivalente de autonomía.

La normativa histórica ayuda a comprender esa ambivalencia. García Cano (2021, pp. 568-570) recuerda que el artículo 62 del Fuero de Población favorecía la transmisión de la tierra por vía masculina, ya que la suerte debía pasar del padre al hijo, al pariente más cercano o a la hija que casara con un “labrador útil” que no tuviera otra suerte. La sucesión masculina se vinculaba a la primogenitura, mientras que la femenina quedaba sujeta a condiciones adicionales. Sin embargo, la propia autora advierte que, en la práctica, las viudas al frente de suertes desempeñaron un papel esencial como preservadoras de la propiedad de sus hijos menores. Moreno Martínez (2022, p. 244) añade que los matrimonios mixtos favorecieron el aprendizaje del español y la integración de los colonos extranjeros, aunque también respondían a necesidades prácticas, pues en los primeros años el matrimonio era requisito para la adquisición de un lote y la elevada mortalidad masculina obligaba a muchas mujeres a contraer nuevas nupcias como estrategia de supervivencia. La ficción recoge esa tensión al mostrar un matrimonio que puede integrar y proteger, aunque también limite la capacidad de decisión femenina, y una maternidad que asegura la continuidad de los linajes mientras puede absorber la individualidad de la mujer en funciones reproductivas, domésticas o memoriales.

En *Por trescientos reales*, el matrimonio de Pepp y Teresa articula la experiencia colonizadora desde el comienzo. La pareja humaniza el proyecto

migratorio y convierte la promesa abstracta del “Puerto de la Felicidad” en una historia de hambre, miedo, trabajo, maternidad y pérdida cultural. La inscripción administrativa de Joseph, llamado Pepp, como José Teclemayr y de Teresa Rainer como Teresa Teclemayr muestra que el reconocimiento ante la colonia se produce dentro de la unidad matrimonial. Teresa no posee una voz institucional propia, aunque el relato le otorga densidad emocional y simbólica. Su maternidad se mueve entre el deseo de continuidad y el temor a la disolución de la identidad alemana. El conflicto suscitado por la relación de su hijo Peppi con Encarnación muestra que el matrimonio de la segunda generación implica castellanización, mezcla cultural y pérdida progresiva de la memoria de origen.

El cierre de la novela confirma esa lectura elegíaca. Pepp sobrevive a sus hijos y deja una extensa descendencia, pero ya casi nadie conserva su idioma ni comprende su mundo interior; la tumba de Teresa queda asociada a una memoria alemana absorbida por la tierra española (Kaltofen, 1944, pp. 128, 215-217 y 295-297). Teresa aparece como madre de hijos, aunque también como madre de una memoria en desaparición. Ese modelo reaparece, con un tono más afirmativo, en *Puerto de felicidad*, donde Mariana/Marianne Hebix se convierte en figura fundacional de la saga carrosaleña porque su matrimonio con Jorge Adán Fílter transforma la migración en unidad familiar reconocible (Fílter García, 2008, pp. 197-203). El parto final de Mariana y el nacimiento de Juan Fílter Hebix elevan la maternidad a escena de origen local (Fílter García, 2008, pp. 333-343). La memoria local necesita a Mariana, aunque tiende a recordarla por la descendencia a la que da origen antes que por su interioridad individual.

Forjadores de sueños acentúa esta tensión mediante la muerte puerperal de Mariana y la posterior entrada de Margarita Cron. La desaparición de la madre fundadora no produce únicamente duelo afectivo, sino una crisis de organización en una casa campesina que necesita cuidados, comida, crianza, limpieza y apoyo diario. Margarita entra primero como criada, cuidadora y trabajadora, y después como esposa que permite recomponer la familia (Fílter García, 2012, pp. 69-70 y 96-103). Su caso amplía la noción de maternidad, que aparece así como función biológica, pero también como práctica de continuidad. Engendrar hijos constituye solo una parte de esa continuidad, junto a tareas como sostener la casa, criar, alimentar y restaurar una unidad dañada por la muerte.

La narrativa genealógica refuerza a menudo esa centralidad femenina y, al mismo tiempo, la encuadra en una memoria dominada por apellidos masculinos. *Puerto de felicidad* presenta la historia de la familia Fílter a partir de Jorge Adán Fílter y Mariana Hebix, y vincula esa pareja con la existencia actual de Cañada Rosal (Fílter García, 2008, pp. 11-13). Mariana es reconocida como parte constitutiva del origen, aunque la saga quede identificada por el apellido masculino. Este rasgo atraviesa buena parte del corpus analizado. La mujer hace posible el linaje, pero el nombre del linaje rara vez es suyo por motivos básicamente legales y de costumbre.

Obras de orientación genealógica o familiar confirman esta misma lógica desde registros distintos. *Entre guerras, el diario de Enrique Seiler* prolonga la memoria de la saga Seiler mediante figuras femeninas vinculadas a la maternidad, la viudedad, la transmisión doméstica y la continuidad patrimonial, de modo que la mujer aparece como sostén de una genealogía narrada todavía desde una estructura predominantemente masculina (Fernández Seiler, 2025, pp. 11-16, 71 y 99). *El secreto de don Agustín* ofrece un contraste útil porque Tomasa Benavente, Catalina Clapes o María Josefa Artero Ortega quedan insertas en estrategias de matrimonio, herencia, cuidados y legitimación familiar que acompañan el ascenso social del protagonista (Sánchez Rincón, 2026b, pp. 202-217, 234-238 y 265-282). En ambos casos, la mujer sostiene la continuidad del grupo, aunque su memoria quede subordinada a una organización del relato que sigue privilegiando trayectorias masculinas.

La esposa de don José, de María del Carmen Sánchez Rincón, desplaza el problema hacia una sociedad carolina de finales de la etapa foral y mundo posforal decimonónico. Concepción Risoto y Prigman, Conchita/Concha, aparece como niña curiosa, joven privada de educación, esposa concertada, madre, consejera doméstica y matriarca recordada (Sánchez Rincón, 2026a, pp. 9-10, 20-22, 33-37 y 182-186). La negativa familiar a que asista a la escuela se justifica porque está destinada a ser esposa de propietario campesino, de manera que las cuentas básicas de la casa bastarían para su futuro. El matrimonio concertado con José III revela que la voluntad femenina queda subordinada a acuerdos familiares, aunque esos acuerdos sean promovidos o aceptados por mujeres mayores. La madre le explica que el amor conyugal

llegará con el tiempo, formulando una pedagogía de adaptación al matrimonio antes que una libertad sentimental.

La vida adulta de Conchita muestra, sin embargo, que la subordinación inicial no impide toda forma de influencia. La protagonista actúa como consejera privada, administradora doméstica y figura de cohesión familiar, hasta convertirse en memoria moral de la casa (Sánchez Rincón, 2026a, pp. 33-37, 160-161 y 182-186). Su caso permite observar cómo una mujer puede adquirir centralidad memorial dentro de una genealogía sin haber dispuesto de plena libertad para elegir educación, matrimonio o presencia pública. La misma trilogía prolonga esta línea en *En el nombre de Teresa*, aunque ya desde una cronología más alejada de la etapa foral, al mostrar cómo la memoria descendiente continúa articulándose mediante mujeres vinculadas a la educación sentimental, los cuidados, la migración, la vejez y la transmisión familiar (Sánchez Rincón, 2026c, pp. 401, 403-407, 426-435, 450-498, 564 y 584).

El último otoño vuelve sobre el mismo problema desde una memoria íntima, menos genealógica que afectiva. Marie, Rosine, Catalina y María construyen una continuidad familiar atravesada por duelo, enfermedad y cuidado (Hamer, 2026a, pp. 52-56 y 121-128). La maternidad no se reduce al nacimiento de descendientes, pues incluye memoria de la esposa muerta, atención a los hijos, transmisión cultural y continuidad emocional entre mujeres. Algo semejante ocurre, con otra tonalidad, en *El árbol de los silencios*, donde la memoria familiar y comunitaria depende de mujeres que administran silencios, sostienen casas, guardan secretos o deciden qué parte del pasado puede ser transmitida. En estas obras, la continuidad no procede solo de la sangre o del apellido, sino también de gestos, relatos, cuidados y omisiones.

En el corpus aparecen, con distintos grados de intensidad, varias figuras vinculadas a esta continuidad. Teresa y Mariana representan a la esposa fundadora que convierte la migración en unidad familiar estable; Margarita Cron muestra cómo otra mujer puede asegurar la continuidad de la casa después de la muerte; y Conchita, junto con algunas figuras de las sagas familiares, *El último otoño* o *El árbol de los silencios*, sitúa la memoria femenina en una temporalidad más larga. Estas formas pueden coexistir dentro de una misma obra y permiten observar cómo la ficción vincula a las mujeres con la continuidad biológica, doméstica, patrimonial y simbólica. Ese papel puede proporcionar

reconocimiento e influencia, aunque permanezca condicionado por el matrimonio, la reproducción, la transmisión patrimonial o las expectativas familiares.

4. Trabajo femenino visible e invisible

El trabajo femenino ocupa un lugar decisivo en la narrativa histórica analizada, aunque su representación oscila entre la visibilidad explícita y la naturalización de tareas que el relato suele presentar como prolongación ordinaria de la vida doméstica. Esta oscilación traslada, en el plano literario, un problema habitual de la historia social de las mujeres: las actividades que garantizan alimentación, cuidado, limpieza, crianza, atención a enfermos, mantenimiento de la casa o transmisión de habilidades rara vez aparecen nombradas como trabajo con la misma claridad que la roturación de la tierra, el oficio artesanal o la gestión de una suerte. Sin embargo, en las novelas esas tareas sostienen de manera constante la posibilidad misma de la colonización. El reparto del campo o la asignación de una casa no bastan para explicar el funcionamiento de una comunidad, cuya continuidad depende también de prácticas cotidianas que las narraciones atribuyen con frecuencia a las mujeres.

La historiografía sitúa esta cuestión con claridad. La administración olavidiana mostró interés por la participación femenina en la economía productiva, en parte porque el superintendente Pablo de Olavide percibía como un problema que las mujeres andaluzas casadas no trabajasen fuera de sus casas para mejorar los ingresos familiares. Desde esa mirada, condicionada por prejuicios ilustrados y convenciones de la época, las colonas alemanas debían evitar la adopción de una supuesta ociosidad atribuida a las españolas del sur peninsular. La misma investigación recuerda que las tareas domésticas no deben minusvalorarse, puesto que ocupaban gran parte de la jornada femenina y contribuían a la economía productiva, aunque tradicionalmente hayan sido consideradas complementarias respecto al trabajo masculino (Hamer Flores, 2019, pp. 105-106). Esta documentación obliga a atender tanto a las actividades que aparecen reconocidas expresamente como trabajo como a aquellas otras que quedan integradas en categorías domésticas, familiares o morales.

Por trescientos reales proporciona uno de los ejemplos más tempranos de trabajo femenino visible. Teresa participa en la roturación inicial de las tierras, mientras mujeres y niños amontonan piedras y descuajan palmeras enanas. El pasaje es importante porque la mujer no queda confinada a la casa ni aparece solo como madre o esposa sufriente. La colonización agraria se presenta como labor familiar en la que los cuerpos femeninos entran en contacto con la tierra, el calor y la fatiga. La misma obra muestra, a la vez, el trabajo menos visible de la domesticidad: Teresa organiza alimentos, sostiene la casa y administra la escasez, tareas imprescindibles para que el trabajo masculino continúe. La defensa de la huerta familiar confirma que la mujer reconoce ese espacio como lugar de subsistencia, trabajo y control práctico (Kaltofen, 1944, pp. 98-99, 103 y 149-150). En su figura coinciden así el esfuerzo agrario visible y las tareas domésticas que sostienen la explotación familiar.

El ciclo de Fílter García prolonga esta representación. En *Puerto de felicidad*, las mujeres participan en la preparación de comida, limpieza, traslado de materiales y organización cotidiana del asentamiento (Fílter García, 2008, pp. 240-244). En *Forjadores de sueños*, Margarita Cron entra en la casa como trabajadora doméstica antes de ser incorporada al horizonte familiar mediante el matrimonio (Fílter García, 2012, pp. 96-103). Esta secuencia muestra cómo el trabajo femenino puede ser absorbido por categorías afectivas: Margarita trabaja antes de ser esposa, pero la narración integra esa labor en la maternidad y la recomposición doméstica. El resultado es ambivalente, pues la novela reconoce la necesidad material de la mujer trabajadora en la casa campesina y, al mismo tiempo, suaviza su dimensión económica al convertirla en función familiar.

La misma cuestión aparece, con menor desarrollo, en obras secundarias que confirman la persistencia del motivo. *Las raíces de la tierra* incorpora a las mujeres a la migración familiar, la economía doméstica, la maternidad, el duelo y el trabajo agrícola, aunque su tratamiento tienda más al tópico memorial que a la elaboración compleja de personajes (Mugar, 2017, pp. 113-117 y 173-180). *Intrigas en Écija* apenas concede protagonismo narrativo a las colonas, pero la presencia de Catalina, marcada por el embarazo, la precariedad material y la incertidumbre ante la vivienda, permite comprobar cómo incluso un relato dominado por conflictos administrativos necesita situar en segundo plano la carga corporal y doméstica que hacía posible el asentamiento (Tubío Adame,

2018, pp. 21-24). Estas obras no amplían mucho el modelo, pero ayudan a mostrar que la asociación entre mujer, casa, fatiga y continuidad no pertenece solo a los textos centrales.

La literatura reciente de base documental amplía el repertorio y permite salir parcialmente de la casa campesina. *1767 Pipirigallo*, de Carmen María Fernández-Kofbler Casas-Neff, muestra mujeres vinculadas al trabajo ambulante, la viudedad, la asistencia hospitalaria, la dote, la herencia, la enfermedad, el cuidado y el servicio. Paula Pineda destaca como vendedora ambulante de pajarete, viuda y mujer visible en el espacio público (Fernández-Kofbler Casas-Neff, 2023, pp. 17-35). *1767 Espuma de plata* hace aún más explícita esta orientación al presentar mujeres que actúan ante escribanos, deudas, dotes, poderes, tutelas y suertes. María Arnedo gestiona un poder notarial, una hipoteca y actuaciones dirigidas a procurar la libertad de su marido. Francisca Hervás Navarrete, por su parte, aparece condicionada por deudas masculinas y por un marco legal adverso (Fernández-Kofbler Casas-Neff, 2025, pp. 112-115 y 138-149). En estas obras, el trabajo femenino comprende también gestión, mediación y defensa de recursos, ampliando el campo más allá de las labores manuales o domésticas.

Razones, esperanzas y sin razones incorpora otro registro fundamental, el de los saberes curativos femeninos. Gisela Engel, Helga y Catalina Rumford permiten analizar la relación entre trabajo, conocimiento práctico, prestigio comunitario y sospecha (Anaya Moreno, 2017, pp. 66-83). Curar, asistir partos, preparar remedios o sostener conocimientos transmitidos entre mujeres son prácticas que pueden proporcionar reconocimiento, pero también generar riesgo cuando chocan con autoridades, prejuicios o miedos comunitarios. La novela de Anaya Moreno muestra así que el cuidado no es solo entrega moral, sino también saber especializado. Esa dimensión resulta esencial para ampliar la noción de trabajo femenino más allá de la economía estrictamente agraria.

Al servicio de Viena introduce una variante más ambigua de este mismo motivo mediante Catherine Bauer, conocida en La Carlota como la viuda de Vogel. Su condición de partera y cuidadora le permite entrar en casas, atender partos, fiebres, sangrados y enfermedades infantiles, de modo que su trabajo la sitúa en un espacio de confianza inaccesible para muchos varones. La novela convierte ese saber práctico en una forma de poder social: Catherine escucha,

observa, cobra, transmite mensajes y conoce miedos domésticos que no siempre llegan al juzgado ni a la autoridad masculina. Su figura muestra así que el cuidado puede ser asistencia real, pero también vía de información, mediación y manipulación dentro de una comunidad atravesada por rumores y amenazas (Hamer, 2026b, pp. 90-95 y 213-217). Frente a las sanadoras de Anaya, cuya autoridad se mueve entre prestigio y sospecha, Catherine desplaza el cuidado hacia una zona moralmente más oscura, donde el trabajo femenino se cruza con la circulación clandestina de noticias y papeles.

A esta ampliación contribuye también *Una historia andaluza*, aunque desde una posición secundaria. La taberna de Antoñita funciona como espacio de trabajo, sociabilidad e información, y muestra que la actividad femenina podía situarse en ámbitos semipúblicos donde se cruzaban alimentación, rumor, mediación y conocimiento de la comunidad (López Maldonado, 2026, pp. 17-24 y 44). Su presencia no desplaza el predominio de una trama más masculinizada, pero sí permite matizar la idea de que el trabajo femenino narrado se limite al interior doméstico o al lote agrario. Algo semejante sucede, con otra intensidad, en *El árbol de los silencios*. Rosa abre la puerta, proporciona alimentos, decide acoger al viajero y regula el acceso a la posada, mientras Ana trabaja, ayuda a sus padres y participa en la economía familiar sin quedar reducida a figura sentimental (Hamer, 2025, pp. 17-23 y 70-83). La posada aparece así como un espacio donde la casa se abre al exterior y donde el trabajo femenino sostiene la circulación de viajeros, noticias, alimentos y vínculos. En este caso, el espacio doméstico adquiere también funciones de sociabilidad y servicio que hacen visible la participación femenina en la vida práctica de la comunidad.

Las novelas de memoria íntima refuerzan, por último, la importancia del trabajo invisible. En *El último otoño*, la vida de la colonia se construye mediante pan, sopa, infusiones, costura, cuidado de enfermos, nacimientos, muertes infantiles y administración de la casa (Hamer, 2026a, pp. 13-17, 47-48, 83-87 y 92-94). Esas acciones podrían parecer detalles de ambientación, pero su acumulación revela una forma de economía doméstica sin la cual la memoria familiar no podría sostenerse. La ficción convierte gestos mínimos en estructura narrativa: preparar alimento, cuidar personas enfermas, coser, velar, limpiar, acompañar o recordar son actividades que mantienen unida la casa y permiten

que el pasado sea transmitido. El trabajo doméstico aparece aquí ligado tanto al sostenimiento material de la familia como a la conservación de su memoria.

El corpus muestra, por tanto, una gama amplia de actividades femeninas cuya visibilidad depende en buena medida del lenguaje con que las obras las presentan. Junto al trabajo agrario aparecen las tareas domésticas, la gestión de bienes, los saberes curativos y diversas actividades desarrolladas en espacios semipúblicos como tabernas o posadas. Algunas son reconocidas de forma explícita como trabajo, mientras otras quedan integradas en el cuidado, la obligación familiar, la costumbre o la vida cotidiana. Esta diferencia resulta especialmente significativa porque permite advertir que la invisibilidad femenina no depende únicamente de la ausencia de personajes, sino también de la manera en que se valoran y nombran sus actividades.

5. Vulnerabilidad, violencia y control del cuerpo femenino

La representación de la mujer en la narrativa histórica carolina no puede limitarse al ámbito del trabajo, la maternidad o la transmisión familiar, pues una parte significativa del corpus sitúa el cuerpo femenino en un espacio de exposición continua. La emigración, el viaje, la pobreza, la soledad, la viudedad, la dependencia jurídica, el matrimonio concertado, la sexualización, el parto, la enfermedad, la violencia masculina y la amenaza de deshonra dibujan un campo de vulnerabilidad que atraviesa muchas de las obras analizadas. Esa vulnerabilidad no aparece siempre con la misma intensidad ni con el mismo grado de elaboración literaria. En algunos textos se formula mediante episodios extremos de agresión sexual, prostitución forzada, secuestro o castigo físico; en otros se expresa a través de educación negada, vigilancia comunitaria, subordinación conyugal, precariedad económica o miedo a la pérdida de la reputación. Conviene atender, por ello, tanto a las escenas explícitas de violencia como a aquellas situaciones en las que la familia, la honra, la propiedad o la autoridad condicionan la experiencia femenina.

La historiografía proporciona un marco necesario para leer estos relatos con prudencia. La vida femenina en las colonias se desarrolló dentro de un modelo donde matrimonio, familia, dependencia legal y división de funciones condicionaban profundamente las trayectorias individuales (Hamer Flores, 2019, pp. 105-111). El acceso femenino a la propiedad y a la transmisión de las suertes

quedaba limitado por una normativa que privilegiaba la continuidad masculina, aunque la práctica de las viudas al frente de bienes familiares abriera márgenes más amplios de lo que una lectura estricta de la norma permitiría suponer (García Cano, 2021, pp. 568-570). Este marco jurídico y social configuraba un sistema de límites sobre la capacidad femenina de decidir, heredar, trabajar, casarse, permanecer viuda o intervenir públicamente. La ficción intensifica con frecuencia esas restricciones mediante tramas de amenaza, abuso o pérdida, aunque también permite observar formas de coerción menos visibles.

Razones, esperanzas y sin razones es una de las obras que con mayor amplitud muestra esa exposición femenina. Teresa Alcaraz aparece vinculada a la desprotección familiar, al trabajo en la venta y a la amenaza sexual en un espacio transitado por hombres, viajeros y poderes informales. El episodio del intento de agresión por don Sebastián Villegas permite ver cómo la honra de una joven pobre depende de equilibrios frágiles, de la protección de terceros y de una reputación que puede quedar dañada incluso cuando la violencia no se consuma plenamente. La misma obra incorpora otras formas de vulnerabilidad. Las sanadoras pueden ganar prestigio comunitario, pero también quedan expuestas a sospechas y acusaciones cuando sus conocimientos prácticos chocan con miedos colectivos o con discursos de autoridad. Ana Kirsch, por su parte, sitúa la violencia dentro del hogar, donde la autoridad masculina puede convertirse en agresión, dominio y amenaza económica (Anaya Moreno, 2017, pp. 19-22, 66-83 y 236-241). El peligro aparece así tanto en espacios abiertos y transitados como dentro de las propias relaciones familiares.

Esa exposición femenina aparece también en obras secundarias que conviene emplear como contraste. *Erika y el sueño español* presenta la emigración como intento de una madre por salvar a su hija de un entorno marcado por la pobreza, la amenaza sexual y la prostitución como horizonte posible para las mujeres desprotegidas, aunque el desarrollo posterior de la trama se desplace hacia una aventura de supervivencia e identidad (Mugar, 2021, pp. 5-8 y 62). *Una historia andaluza* no construye un análisis amplio de la experiencia femenina, pero la figura de Sonia permite observar cómo la honra, el testimonio y la necesidad de romper el silencio pueden convertirse en formas narrativas de vulnerabilidad dentro de una comunidad atravesada por la violencia y la desconfianza (López Maldonado, 2026, pp. 87-99). En ambos casos, las

obras no sostienen por sí solas el argumento principal, pero ayudan a comprobar que la amenaza sobre las mujeres no es un motivo aislado, sino una recurrencia que adopta formas distintas según el tipo de relato.

La violencia sexual se hace más explícita en *1767 Pipirigallo*. El episodio de abusos en Arquillos sitúa a Anna María Neff ante miedo, vergüenza, mediación religiosa e impunidad. La joven acude al sacerdote alterada y apenas capaz de explicar lo sucedido, mientras el relato subraya la dificultad de obtener reparación en un entorno marcado por jerarquías locales, dependencia moral y control de la reputación (Fernández-Kofbler Casas-Neff, 2023, pp. 54-61). *1767 Espuma de plata* desplaza el problema hacia la desigualdad jurídica y patrimonial. Francisca Hervás Navarrete aparece atrapada por deudas masculinas y por un marco legal que restringe severamente su margen de actuación. María Arnedo, en cambio, muestra una respuesta más activa al gestionar poderes, hipotecas y actuaciones orientadas a la libertad del marido (Fernández-Kofbler Casas-Neff, 2025, pp. 112-115 y 138-149). La vulnerabilidad femenina alcanza aquí también a la capacidad jurídica y económica, condicionada por deudas, tutelas, patrimonios y posibilidades desiguales de actuación.

La leyenda de Demerik y *Margaritha* sitúan la vulnerabilidad en el cruce de violencia sexual, embarazo, estado civil y desposesión materna. Margaritha entra en la trama como una mujer violentada, embarazada y administrativamente vulnerable, cuya permanencia en el proyecto colonizador depende de ser reconocida dentro de una pareja (Caravias Aguilar, 2024, pp. 17-20). El falso matrimonio que la ampara muestra que una mujer sola, embarazada y sin protección conyugal queda expuesta a la expulsión, al rechazo o a la sospecha. En *Margaritha*, la protagonista arrastra además el robo del hijo, la prostitución forzada, la búsqueda, la viudedad y la reconstrucción personal (Caravias Aguilar, 2021, pp. 105-107, 136-152 y 220-224). La acumulación de daños tiene un tono melodramático, pero revela una voluntad contemporánea de narrar violencias que la memoria fundacional más amable tendía a suavizar. La atención se dirige así hacia cuerpos violentados, maternidades desposeídas y mujeres obligadas a negociar su supervivencia dentro de marcos familiares, administrativos y morales que apenas controlan.

La violencia adopta también formas menos espectaculares. *La esposa de don José* muestra la educación negada y el matrimonio concertado de Conchita como formas de condicionamiento de su futuro. La protagonista desea asistir a la escuela y ampliar su mundo, pero sus padres consideran innecesaria esa formación porque está destinada a ser esposa de un propietario campesino (Sánchez Rincón, 2026a, pp. 9-10). Más adelante descubre que su matrimonio ha sido acordado por los mayores sin que su deseo haya sido consultado en términos reales. La limitación de la voluntad, del aprendizaje y del proyecto vital ocupa aquí el lugar de la violencia física. La vigilancia de la movilidad, del vestido, de la decencia y de la reputación confirma que el cuerpo femenino es controlado también mediante normas sociales aparentemente ordinarias. El interés de esta obra está precisamente en mostrar que la subordinación puede presentarse bajo el lenguaje de la conveniencia familiar, la protección o el sentido común.

Las alas del albatros ofrece una elaboración más matizada de la relación entre cuerpo, deseo, maternidad y libertad. Ilse Meyer, registrada después como Elsa Meller, atraviesa matrimonio, enfermedad, aborto, esterilidad y reconstrucción doméstica, pero también se defiende físicamente en la escena del pozo y establece límites frente a la posesión afectiva (Bel Martínez, 2012, pp. 205-220). Su trayectoria permite observar que el cuerpo femenino puede ser lugar de amenaza y de decisión, sin quedar reducido a maternidad, espera o dependencia amorosa. La exposición al daño convive, en su caso, con capacidad de respuesta, negociación y defensa de un margen propio.

Al servicio de Viena añade a este repertorio una violencia de carácter ejemplarizante. Catherine Bauer no aparece solo como mujer vulnerable, sino como figura ambigua que ha usado su movilidad como partera y cuidadora para acceder a casas, mensajes y secretos. Su asesinato bajo los soportales del mercado, con monedas colocadas junto al cadáver, convierte el cuerpo femenino en advertencia pública y en signo moralmente equívoco. La escena no la absuelve ni la condena por completo, sino que la sitúa en una zona de difícil lectura, donde la mujer puede ser al mismo tiempo mediadora, cómplice, víctima y amenaza (Hamer, 2026b, pp. 267-268 y 304-305). La disposición pública del cadáver añade al asesinato una intención de advertencia y contribuye a fijar ante la comunidad un significado para su muerte.

A lo largo del corpus, la vulnerabilidad femenina adopta formas físicas, sexuales, jurídicas, económicas, familiares y comunitarias que con frecuencia se superponen. Las agresiones y amenazas conviven con limitaciones ligadas al estado civil, la viudedad, la dote, la tutela, la reputación o las expectativas matrimoniales, mientras embarazo, parto, maternidad y pérdida de los hijos añaden otras formas de exposición. Las obras más recientes han ampliado especialmente este campo y han incorporado con mayor frecuencia experiencias de daño, coerción y desposesión. Esta evolución permite que la mujer colona, o descendiente de colonos, aparezca no solo como garante de arraigo y continuidad, sino también dentro de relaciones sociales que vigilan, condicionan o violentan su cuerpo y su capacidad de decisión.

6. Mujeres que actúan: decisiones, resistencias y estrategias

El análisis de la vulnerabilidad femenina estaría incompleto si las mujeres del corpus aparecieran únicamente como cuerpos expuestos a la violencia, la dependencia jurídica o el control comunitario. Buena parte de la narrativa histórica carolina muestra que las mujeres actúan, aunque casi nunca lo hagan desde posiciones de poder formal. Sus decisiones se producen en márgenes estrechos, condicionados por matrimonio, familia, pobreza, autoridad masculina, costumbre, religión o ley, pero esa limitación no anula su capacidad de intervención. Muchas de estas mujeres no dirigen instituciones, no redactan normas, no reparten tierras ni ocupan cargos visibles, pero leen, callan, negocian, curan, aconsejan, sostienen, defienden bienes, protegen hijos, transmiten memoria, rehacen familias y adoptan estrategias para sobrevivir dentro de estructuras sociales que rara vez les resultan favorables.

Conviene, por ello, usar con cautela la noción de agencia femenina. La intención no es proyectar sobre el siglo XVIII una autonomía individual ajena a su marco histórico ni convertir cualquier gesto doméstico en una forma de resistencia heroica. Interesa observar en qué condiciones una mujer puede intervenir en el curso de los acontecimientos, modificar una relación, proteger un recurso, preservar una memoria o abrir un margen de decisión allí donde el orden social parecía reservar la iniciativa a los varones. Esta perspectiva permite evitar una oposición demasiado simple entre sometimiento y emancipación. En buena

parte de las novelas, las mujeres no pueden romper abiertamente los límites que las rodean, pero sí moverse dentro de ellos con inteligencia práctica.

En *Por trescientos reales*, Teresa no posee autoridad jurídica ni dominio pleno de la lengua, aunque interviene en momentos decisivos. Lee la promesa del "Puerto de la Felicidad" como posibilidad de futuro, participa en la transformación efectiva del asentamiento y defiende la huerta cuando percibe una amenaza sobre el espacio productivo familiar (Kaltofen, 1944, pp. 13 y 149-150). Su intervención no necesita formularse en términos políticos para tener importancia narrativa, porque nace de un conocimiento práctico de la tierra, la casa y la subsistencia. Teresa actúa desde una posición subalterna, pero su mirada detecta antes que la de otros la dimensión concreta de la pérdida: lo que se amenaza no es solo una porción de terreno, sino un espacio trabajado, alimentario y vivido.

En el ciclo de Fílter García, la capacidad de decisión femenina aparece más vinculada a la construcción del arraigo. Mariana/Marianne decide seguir a Jorge Adán Fílter, acepta el matrimonio como vía de integración en la expedición y participa en la formación de una unidad familiar con derechos dentro del proyecto colonizador (Fílter García, 2008, pp. 151-157 y 197-203). Su margen de maniobra no puede separarse del vínculo con el varón, aunque tampoco debe interpretarse como simple obediencia. En *Forjadores de sueños*, Margarita Cron ofrece un modelo distinto. Entra en la casa como criada, atiende a los hijos y adquiere autoridad mediante el trabajo cotidiano antes de que el matrimonio legitime socialmente esa posición (Fílter García, 2012, pp. 96-103). La actuación femenina se despliega aquí como continuidad práctica, no como ruptura del orden.

Razones, esperanzas y sin razones amplía el repertorio al situar en escena mujeres populares, marginales, ilustradas, sanadoras y colonas. Teresa Alcaraz no dispone inicialmente de fuerza suficiente para sustraerse por completo a la amenaza que la rodea, pero su trayectoria no queda reducida a víctima. Las redes de protección y la posibilidad de reconstrucción familiar muestran que la resistencia puede darse mediante vínculos de amparo. Mayor densidad tiene el conjunto de Frieda Engel, Helga, Gisela Engel y Catalina Rumford, donde los saberes curativos constituyen una forma clara de intervención femenina. Curar, asistir, preparar remedios y sostener conocimientos transmitidos entre mujeres

permite actuar sobre la enfermedad y sobre la comunidad, aunque esos mismos saberes puedan despertar sospecha o acusaciones de brujería (Anaya Moreno, 2017, pp. 19-22 y 66-83).

En *Al servicio de Viena*, Catherine Bauer lleva esta actuación a un terreno más oscuro. No actúa desde la propiedad, la maternidad o la memoria familiar, sino desde la movilidad que le proporciona su oficio de partera. Entra en casas, escucha a mujeres que no quieren hablar delante de sus maridos, conoce ventas clandestinas y sabe dónde pueden esconderse papeles que los hombres no imaginan expuestos a registro. La novela convierte así el trabajo femenino de cuidado en una forma de inteligencia social, aunque contaminada por el interés, el miedo y la colaboración con redes clandestinas (Hamer, 2026b, pp. 213-217 y 243-247). Catherine resulta útil precisamente porque impide idealizar la actuación femenina: su margen de acción no es puro, ni reparador, ni necesariamente moral, sino ambiguo, nacido de la necesidad, de la información y de una posición social vulnerable.

En un registro más secundario, *Una historia andaluza* permite observar otras formas de actuación femenina vinculadas a la sociabilidad cotidiana y a la circulación de información. Antoñita, desde la taberna, no ocupa una posición institucional, pero administra un espacio donde se cruzan comida, conversación, rumores y conocimiento práctico de la comunidad; Sonia, por su parte, introduce la posibilidad de intervenir mediante el testimonio y la ruptura del silencio en un entorno marcado por la violencia y la desconfianza (López Maldonado, 2026, pp. 17-24, 44 y 87-99). La obra no desplaza el protagonismo masculino de la trama, pero ayuda a recordar que la intervención femenina puede producirse también desde lugares aparentemente secundarios.

La actuación femenina adopta igualmente formas jurídicas y patrimoniales. *1767 Espuma de plata* muestra mujeres que intervienen ante escribanos, deudas, dotes, poderes, tutelas y suertes. María Arnedo no se limita a sufrir la prisión o las dificultades del marido, sino que viaja, solicita poder notarial, gestiona una hipoteca y actúa para procurar su libertad. Francisca Hervás Navarrete aparece condicionada por deudas masculinas y por un marco legal adverso, pero su caso muestra que la mujer podía verse obligada a entender, negociar y soportar consecuencias jurídicas que no había producido directamente. Doña Manuela Sánchez, Isabel Fischerin e Isabel Neff Feltzin

completan esta línea al situar viudedad, tutela, cuidado y cesión de bienes como ámbitos de actuación limitada pero real (Fernández-Kofbler Casas-Neff, 2025, pp. 104-115, 138-149 y 202-209).

Este plano patrimonial y familiar encuentra un complemento útil en *El secreto de don Agustín*. Aunque la novela se organiza alrededor de una trayectoria masculina, mujeres como Tomasa Benavente, Catalina Clapes o María Josefa Artero Ortega muestran formas de intervención vinculadas al matrimonio, la herencia, el cuidado, la legitimación familiar y la administración de vínculos afectivos y patrimoniales (Sánchez Rincón, 2026b, pp. 202-217, 234-238 y 265-282). Su presencia confirma que la capacidad de actuación femenina puede quedar subordinada al ascenso social del varón y, aun así, resultar imprescindible para sostener la estructura familiar que hace posible ese ascenso. La dependencia narrativa no equivale siempre a irrelevancia funcional.

La historiografía confirma que estas posibilidades no son simples invenciones literarias. García Cano ha señalado que, aunque la transmisión de las suertes favorecía a los varones, las viudas pudieron conservar y administrar bienes para proteger los intereses de sus hijos menores (García Cano, 2021, pp. 568-570). Hamer Flores (2019, p. 110) también subraya que la protección prevista para las viudas en las Nuevas Poblaciones pudo generar un grado de autonomía superior al habitual en otras localidades, especialmente cuando se les garantizaba el disfrute de la suerte o una renta anual si cedían su explotación a los hijos. Estas referencias permiten leer las novelas sin convertir cada episodio en prueba directa, pero también sin negar que la ficción trabaja sobre posibilidades sociales reconocibles.

En *Las alas del albatros*, Ilse/Elsa encarna una forma de actuación ligada al cuerpo, al deseo y a la libertad afectiva. La escena del pozo introduce una respuesta física ante la amenaza, mientras el cierre asociado al albatros desplaza el problema hacia la posesión amorosa y la renuncia. Ilse/Elsa comprende que amar no puede equivaler a encerrar al otro, y esa lucidez moral la separa de modelos femeninos basados en la espera, la fidelidad o la dependencia (Bel Martínez, 2012, pp. 205-206 y 216-220). En *Margaritha*, la actuación surge desde la pérdida. La protagonista busca al hijo arrebatado, trabaja, se apoya en redes femeninas y se reintegra en la comunidad (Caravias Aguilar, 2021, pp. 105-107, 220-224 y 268-269). La ficción le concede una

reparación simbólica que debe leerse con cautela histórica, pero que expresa la voluntad de otorgar presencia a una mujer dañada por la violencia y el olvido.

En *La esposa de don José*, Conchita/Concha representa una actuación más discreta. No consigue romper la educación limitada que su familia le impone ni evita el matrimonio concertado, pero su vida adulta no queda reducida a obediencia silenciosa. La protagonista aconseja, interpreta situaciones familiares, media y sostiene una autoridad privada que la novela reconoce de forma progresiva (Sánchez Rincón, 2026a, pp. 33-37 y 160-161). *El árbol de los silencios* refuerza esa idea mediante mujeres que administran espacios domésticos, cuidados y memorias. Rosa decide abrir la puerta al viajero, lo alimenta y regula su entrada en la casa; Ana trabaja, ayuda a sus padres y decide no convertir su relación con Loaisa en destino matrimonial; y María de Belfor, esposa del anciano Campel, organiza una parte decisiva de la memoria familiar mediante lo que conserva y lo que se calla (Hamer, 2025, pp. 17-23, 70-83, 122-134 y 151-158).

Las formas de actuación que aparecen en estas obras son muy diversas. Algunas mujeres defienden recursos de subsistencia o bienes familiares; otras intervienen mediante conocimientos curativos, cuidados, mediación o administración doméstica; en determinados casos recurren a poderes, hipotecas, testamentos, dotes y tutelas, mientras que en la narrativa más reciente adquiere especial importancia la conservación, transmisión o administración de la memoria. El uso aquí de la noción de agencia femenina remite precisamente a esos márgenes de intervención, condicionados por estructuras que las mujeres rara vez pueden transformar por completo, pero dentro de las cuales sí modifican trayectorias, protegen recursos y orientan decisiones.

7. Mujeres, memoria y escritura del pasado

La relación entre mujeres, memoria y escritura constituye uno de los núcleos más productivos de la narrativa estudiada. A medida que el corpus se aproxima al presente, la mujer deja de ocupar únicamente el lugar de esposa, madre, trabajadora o víctima y empieza a aparecer también como objeto de memoria. Las obras se preguntan, de manera explícita o implícita, quién recuerda a las colonas, qué documentos conservan sus nombres, qué silencios se han

transmitido en la familia, qué vidas quedaron reducidas a un dato genealógico y qué parte de la experiencia femenina solo puede reconstruirse mediante ficción, conjetura o reparación narrativa. La ficción no resuelve los vacíos documentales, pero los convierte en materia de relato. Cuando la documentación conserva de manera incompleta una trayectoria femenina, la narración puede desarrollarla, ordenarla o imaginar aquello que las fuentes ya no permiten conocer con precisión. Esa operación exige mantener clara la distancia entre recreación literaria y restitución histórica.

Esta cuestión enlaza con una tendencia más amplia de la novela histórica actual. Gómez Martín ha señalado que parte de la narrativa histórica española reciente ha utilizado la voz de mujeres del pasado para cuestionar la primacía de las crónicas oficiales, las batallas, los nombres masculinos y los acontecimientos públicos, dando entrada a recuerdos, afectos y experiencias situadas en los márgenes de la historia política tradicional (Gómez Martín, 2011). En el corpus carolino, esa recuperación suele producirse mediante recursos modestos y cercanos a la memoria local: cartas, cuadernos, árboles genealógicos, testamentos, cruces, lápidas, objetos conservados, canciones, nombres repetidos o secretos domésticos. La escritura del pasado se desplaza así desde la crónica de la fundación hacia los soportes más discretos de la memoria familiar.

Por trescientos reales ofrece un primer modelo de mujer convertida en memoria. Teresa Teclemayr termina asociada a una imagen funeraria de pérdida cultural. Su muerte, el ramo de nomeolvides y la tumba cubierta por vegetación concentran la desaparición progresiva de una identidad alemana que los descendientes apenas conservarán (Kaltofen, 1944, pp. 295-297). La mujer funciona aquí como depositaria afectiva de una patria perdida, aunque esa memoria se narre desde una mirada masculina y elegíaca. La tumba de Teresa no documenta simplemente una muerte individual, sino que convierte el cuerpo femenino enterrado en imagen del tránsito entre origen extranjero y memoria carolina. En el ciclo de Fílter García, Mariana/Marianne Hebix y Margarita Cron cumplen una función semejante, aunque en clave genealógica afirmativa. La maternidad y la recomposición familiar permiten conectar la llegada de los colonos con la identidad local contemporánea (Fílter García, 2008, pp. 333-343; Fílter García, 2012, pp. 96-103). La memoria femenina aparece así como

memoria de origen: unas veces elegíaca, otras celebratoria, pero casi siempre vinculada a la continuidad de la casa y del linaje.

Esta dimensión genealógica aparece también en obras secundarias que convierten la búsqueda familiar en forma de escritura del pasado. *A la sombra de una oliva* articula la memoria colona desde la indagación retrospectiva y permite observar cómo la presencia femenina puede quedar asociada a la transmisión de raíces, afectos y rastros familiares, aunque la narración mantenga un predominio claro de la mirada masculina (Sánchez Redondo, 2007, pp. 9-10, 96-101 y 198-199). *Entre guerras, el diario de Enrique Seiler* prolonga esa misma lógica desde una memoria descendiente en la que las mujeres aparecen vinculadas a maternidad, viudedad, cuidado y continuidad doméstica. Su papel resulta relevante para entender cómo las genealogías locales conservan el pasado, incluso cuando lo ordenan desde voces y estructuras familiares masculinas (Fernández Seiler, 2025, pp. 11-16). En este tipo de obras, la mujer no siempre se convierte en centro narrativo, pero sí actúa como soporte de continuidad: garantiza que la memoria pueda pasar de una generación a otra, aunque el relato no siempre le conceda la voz principal.

Margaritha. Historia de una mujer en la historia del Pueblo plantea la memoria desde una voluntad reparadora más explícita. El propio subtítulo sitúa a una mujer dentro de la historia colectiva y anuncia la intención de corregir un lugar subordinado. Margaritha/Inés no aparece solo como víctima de violencia, viuda o madre desposeída; su búsqueda del hijo arrebatado, su reintegración comunitaria y la transmisión oral de datos sobre el niño robado convierten la memoria femenina en instrumento de recuperación parcial de una identidad quebrada (Caravias Aguilar, 2021, pp. 105-107, 220-224 y 268-269). La novela imagina para la protagonista un reconocimiento público que el orden histórico probablemente habría dificultado. Ese gesto puede parecer simbólicamente excesivo, pero expresa una necesidad memorial contemporánea. La ficción concede a una mujer dañada un lugar que la memoria comunitaria tradicional apenas habría reservado para ella.

Las obras de Fernández-Kofbler Casas-Neff llevan esta operación hacia una ficción de base documental y genealógica. *1767 Pipirigallo* y *1767 Espuma de plata* recuperan nombres de mujeres vinculadas a violencia, trabajo, dote, viudedad, tutela, enfermedad, maternidad o propiedad. En *1767 Pipirigallo*,

figuras como Paula Pineda, Anna María Neff, Cathalina Babianin, Cathalina Piquenhaubt o María Manuela dejan de ser registros aislados y se convierten en escenas de vida (Fernández-Kofbler Casas-Neff, 2023, pp. 17-35, 54-61, 66-87, 190-199 y 473-483). En *1767 Espuma de plata*, la narración muestra con claridad su voluntad de visibilizar desigualdad jurídica y social mediante mujeres como doña Manuela Sánchez, María Arnedo, Francisca Hervás Navarrete, Isabel Fischerin e Isabel Neff Feltzin (Fernández-Kofbler Casas-Neff, 2025, pp. 5-9, 104-115, 138-149 y 202-209). La tensión entre huella documental y recreación literaria no invalida estas obras; al contrario, revela cómo la memoria contemporánea negocia con los límites del archivo histórico. El documento proporciona nombres, fechas y situaciones, pero la ficción intenta devolverles cuerpo, escena y conflicto.

La esposa de don José incorpora el problema desde una perspectiva familiar y posforal. Conchita/Concha aparece como mujer descendiente de colonos cuya vida se organiza a través de educación negada, matrimonio concertado, maternidad, consejo doméstico, patrimonio, testamento y recuerdo familiar (Sánchez Rincón, 2026a, pp. 9-10, 20-22, 33-37, 166-169 y 182-186). El título resulta expresivo porque identifica a la protagonista por su relación con don José y, al mismo tiempo, abre la posibilidad de mirar desde ese lugar subordinado. La esposa deja de ser una referencia secundaria y se convierte en el eje desde el que se reconstruye un mundo familiar. En esa operación se advierte una forma de recuperación frecuente en la narrativa reciente: la mujer aparece inicialmente definida por el parentesco, pero la ficción trata de devolver densidad a esa posición. Dentro del mismo conjunto narrativo, *En el nombre de Teresa* desplaza esta preocupación hacia una cronología más avanzada, donde la memoria carolinense se prolonga mediante educación sentimental, migración, cuidados, vejez y transmisión familiar. Su utilidad para el capítulo es periférica si se atiende al periodo foral en sentido estricto, pero resulta pertinente para mostrar cómo la mujer descendiente de colonos continúa funcionando como soporte de memoria más allá del tiempo fundacional (Sánchez Rincón, 2026c, pp. 401, 403-407, 426-435, 450-498, 564 y 584).

El último otoño plantea la memoria mediante un cuaderno de recuerdos escrito por Jakob Hammer. La voz es masculina, pero las mujeres organizan buena parte de aquello que merece ser recordado. Rosine hace posible la

escritura desde el cuidado presente; Marie ocupa el centro afectivo del pasado; Catalina y María prolongan la vida doméstica y la transmisión cultural (Hamer, 2026a, pp. 13-17, 47-48, 52-56 y 121-128). El varón narra, pero lo narrado se sostiene sobre mujeres que cuidan, alimentan, aman, mueren, educan, callan y transmiten. La novela convierte esa dependencia en materia literaria, porque el recuerdo masculino no puede avanzar sin volver a las figuras femeninas que ordenan su experiencia. La memoria no se presenta aquí como registro completo, sino como una escritura nacida de la pérdida y sostenida por gestos domésticos que permiten seguir recordando.

El árbol de los silencios ofrece una reflexión más concentrada sobre aquello que entra o no entra en la escritura. La novela sitúa a Juan de Loaisa, aspirante a escribano, en una colonia que acaba de perder su Fuero y, por tanto, en un momento donde documento, memoria y desaparición de un régimen propio se entrecruzan. Frente a la escritura oficial aparecen mujeres que administran la vida cotidiana y los secretos familiares. Rosa acoge, alimenta y regula el acceso del viajero a la comunidad; Ana trabaja, cuida y decide no someter su vida a una promesa sentimental; María de Belfor permanece como figura de silencio, ausencia y transmisión selectiva (Hamer, 2025, pp. 17-23, 70-83, 92-105, 122-134 y 151-158). Su presencia plantea una pregunta central: qué ocurre con las mujeres cuya historia solo se conserva en una inscripción parcial, en un objeto o en un recuerdo transmitido con reservas. La novela no responde mediante una reconstrucción total, sino mediante una poética del silencio.

Este tratamiento permite matizar la voluntad reparadora de otras obras. Mientras *Margaritha*, *1767 Pipirigallo* o *1767 Espuma de plata* tienden a completar vacíos y devolver voz, *El árbol de los silencios* insiste en que la memoria también se construye mediante reservas, omisiones y decisiones prudentes. Ambas operaciones son legítimas dentro de la ficción, aunque responden a sensibilidades distintas. Una busca restituir lo perdido; la otra observa cómo ciertas familias sobreviven porque administran lo que puede contarse (Hamer, 2025, pp. 191-195). Entre ambas posiciones se sitúa *Al servicio de Viena*, donde el papel mojado, la traducción incompleta, las declaraciones, los rumores y la muerte de Catherine Bauer muestran una memoria judicial fragmentaria, dependiente de mediaciones y atravesada por intereses. La mujer no aparece ahí como depositaria limpia de una memoria

familiar, sino como figura que sabe, calla, transmite o manipula información en un mundo donde los papeles no siempre bastan para esclarecer la verdad (Hamer, 2026b, pp. 243-247 y 304-305).

Las distintas obras relacionan a las mujeres con la escritura del pasado de maneras muy diferentes. En unas, la memoria femenina queda ligada a la muerte, el afecto o la genealogía; en otras parte de rastros documentales, silencios familiares, informaciones peligrosas o una voluntad explícita de reparación. Estas formas de representación permiten ir más allá del contenido de cada trama y atender también a la cultura histórica desde la que fueron escritas. Las novelas hablan de las colonas, pero al hacerlo muestran asimismo qué vidas femeninas han sido consideradas dignas de recuperación, cuáles continúan ligadas principalmente al parentesco y cuáles solo pueden ser imaginadas a partir de huellas parciales.

8. Evolución del corpus: de la esposa fundadora al sujeto de memoria

La evolución de la narrativa histórica carolina entre 1944 y 2026 muestra un desplazamiento progresivo en la representación de las mujeres. Las primeras obras tienden a situarlas como esposas fundadoras, madres de linaje, compañeras de emigración y figuras morales del arraigo. Las obras más recientes desplazan esa imagen al incorporar la vulnerabilidad jurídica, el trabajo no reconocido, la violencia silenciada, la memoria documental, la gestión patrimonial y la reflexión sobre aquello que se recuerda o se calla. Este cambio no debe entenderse como una línea ascendente sin contradicciones. Los tópicos tradicionales persisten incluso en obras recientes, mientras que *Por trescientos reales* contiene una complejidad femenina mayor de la que podría esperarse por su fecha de edición. Con estas cautelas, el conjunto permite observar que la mujer pasa de aparecer preferentemente como soporte de la aventura colonizadora a ocupar cada vez con mayor frecuencia una posición desde la que se interroga la memoria de las Nuevas Poblaciones.

El punto de partida lo ofrece *Por trescientos reales*. Teresa Teclemayr reúne miedo, fe, trabajo, maternidad, defensa de la tierra y memoria funeraria. Su importancia no procede de una voz pública ni de una capacidad de intervención institucional, sino de su peso simbólico dentro de la familia migrante. La mujer aparece como garante de hogar y como vínculo con la cultura de origen,

aunque también como cuerpo que enferma, trabaja, pare, envejece y queda enterrado en la nueva tierra (Kaltofen, 1944, pp. 98-103, 149-150 y 295-297). La colonización se cuenta como promesa cumplida a medias: permite sobrevivir, pero exige perder parte de lo que se era. En ese marco, Teresa opera como depositaria íntima de lo perdido.

Las narrativas genealógicas posteriores prolongan ese modelo y lo adaptan a identidades locales concretas. *Puerto de felicidad* y *Forjadores de sueños* convierten la colonización en relato de origen familiar: Mariana/Marianne Hebix y Margarita Cron son esenciales para que la emigración se transforme en arraigo, pero su importancia se expresa sobre todo en clave de matrimonio, parto, cuidado, recomposición doméstica y continuidad de la saga (Fílter García, 2008, pp. 197-203 y 333-343; Fílter García, 2012, pp. 69-103). En ese mismo horizonte pueden situarse, con menor densidad analítica, obras como *Las raíces de la tierra*, *A la sombra de una oliva* o *Entre guerras, el diario de Enrique Seiler*, donde las mujeres aparecen vinculadas a migración, maternidad, viudedad, raíces familiares, cuidados y transmisión doméstica, aunque la organización del relato siga dependiendo en buena medida de voces, apellidos o trayectorias masculinas (Mugar, 2017, pp. 113-117 y 173-180; Sánchez Redondo, 2007, pp. 9-10, 96-101 y 198-199; Fernández Seiler, 2025, pp. 11-16 y 71). La mujer adquiere una centralidad práctica muy alta, pero esta suele quedar enmarcada por la lógica de la saga, la familia o la memoria local.

El cambio más visible se produce cuando la narrativa reciente desplaza el interés hacia la mujer herida, marginada, silenciada o recuperada por la memoria. *Razones, esperanzas y sin razones* propone un universo coral donde las mujeres no quedan circunscritas al lote familiar. Teresa Alcaraz, Inés Ruiz Castellanos, Isabel de los Ríos, Gracia de Olavide, Gisela Engel, Helga, Catalina Rumford y Ana Kirsch permiten incorporar violencia sexual, honra, servicio, prostitución, educación ilustrada, saberes curativos, acusación de brujería, violencia doméstica, matrimonio mixto y memoria transgeneracional (Anaya Moreno, 2017, pp. 19-22, 66-83 y 236-241). En esa misma ampliación deben situarse *Las alas del albatros* y *Erika y el sueño español*, aunque con alcances distintos: la primera concede a Ilse/Elsa una subjetividad marcada por el deseo, la enfermedad, la pérdida, la defensa del propio cuerpo y la libertad afectiva, mientras que la segunda resulta útil, con cautelas, porque presenta la emigración

como búsqueda de protección para una madre y una hija amenazadas por pobreza, sexualización y desarraigo (Bel Martínez, 2012; Mugar, 2021, pp. 5-8 y 62).

La línea de Carlos Caravias Aguilar intensifica la dimensión reparadora. *La leyenda de Demerik* y *Margaritha* reúnen violencia sexual, embarazo, falso matrimonio, deportación, parto, muerte del hijo, prostitución forzada, búsqueda, trabajo, redes femeninas y recuperación comunitaria (Caravias Aguilar, 2024, pp. 17-20 y 68-71; Caravias Aguilar, 2021, pp. 105-107, 136-152, 220-224 y 268-269). Margaritha/Inés responde a una sensibilidad contemporánea que pretende rescatar a una mujer dañada por la historia y devolverle centralidad narrativa. La reparación puede adoptar formas melodramáticas, pero el gesto resulta significativo: la mujer ya no sirve solo para fundar una familia, sino para denunciar una ausencia y convertir el sufrimiento femenino en objeto de memoria colectiva.

Las obras de Fernández-Kofbler Casas-Neff representan otra inflexión. *1767 Pipirigallo* y *1767 Espuma de plata* transforman casos dispersos en escenas narrativas y convierten a mujeres vinculadas a expedientes, escrituras, dotes, matrimonios, violencias, viudedades, tutelas y cesiones en protagonistas parciales de la memoria colona (Fernández-Kofbler Casas-Neff, 2023, pp. 17-35, 54-61, 66-87, 190-199, 370-413 y 473-483; Fernández-Kofbler Casas-Neff, 2025, pp. 5-9, 104-115, 138-149 y 202-209). La mujer ya no se incorpora a la narración solo porque sea esposa o madre de un colono, sino porque su nombre aparece en una huella documental que puede ser reactivada desde el presente. La escritura contemporánea busca mujeres concretas y les atribuye una escena, un conflicto y una significación. La representación femenina se desplaza así desde la construcción de figuras fundacionales hacia la recuperación de rastros.

El tramo más reciente introduce, además, una reflexión más afinada sobre memoria, escritura y vida doméstica. *La esposa de don José* convierte a Conchita/Concha en centro narrativo de una sociedad carolina de final foral y posforal, con especial atención a educación negada, matrimonio concertado, maternidad, consejo privado, patrimonio y memoria familiar (Sánchez Rincón, 2026a, pp. 9-10, 20-22, 33-37, 160-161, 166-169 y 182-186). *El secreto de don Agustín* y *En el nombre de Teresa* prolongan esa memoria femenina en registros secundarios, ya sea mediante mujeres insertas en estrategias de matrimonio,

herencia y legitimación familiar, ya mediante educación sentimental, cuidados, vejez, migración y transmisión familiar en una cronología más alejada del núcleo foral (Sánchez Rincón, 2026b, pp. 202-217, 234-238 y 265-282; Sánchez Rincón, 2026c, pp. 401, 403-407, 426-435, 450-498, 564 y 584).

En *El último otoño*, Marie, Rosine, Catalina y María determinan aquello que el narrador considera digno de conservar (Hamer, 2026a, pp. 13-17, 47-48, 52-56 y 121-128). *El árbol de los silencios* completa este desplazamiento al situar la memoria femenina en el umbral entre documento y silencio, especialmente mediante Rosa, Ana y María de Belfor (Hamer, 2025, pp. 17-23, 70-83, 122-134, 151-158 y 191-195). Finalmente, *Al servicio de Viena* añade una figura distinta: la mujer que, desde oficios asociados al cuidado y a la intimidad doméstica, participa en la circulación de información, memoriales, ventas secretas y estrategias de miedo. Catherine Bauer amplía la tipología femenina del corpus porque no responde al modelo de esposa fundadora, madre de linaje, víctima reparada o guardiana de memoria, sino al de mediadora ambigua cuya autoridad procede de saber entrar donde otros no pueden (Hamer, 2026b, pp. 213-217, 243-247 y 304-305).

Observado en conjunto, el corpus mantiene algunos modelos antiguos al mismo tiempo que incorpora otros nuevos. La esposa fundadora, la madre de linaje y la mujer vinculada a la continuidad familiar siguen presentes, pero junto a ellas adquieren mayor desarrollo las experiencias de violencia, trabajo no reconocido, desigualdad jurídica, saberes femeninos, memoria documental y administración de silencios. Las obras recientes amplían así las preguntas dirigidas a las mujeres del pasado sin eliminar por completo las formas anteriores de representación. El cambio principal reside menos en una sustitución de modelos que en la creciente variedad de problemas desde los que las figuras femeninas permiten volver sobre el origen carolino.

9. Conclusiones

El análisis desarrollado en los apartados anteriores permite sostener que las mujeres han ocupado un lugar más decisivo de lo que podría sugerir una lectura centrada solo en la acción institucional, agraria o masculina de la colonización. Las obras estudiadas no sustituyen la investigación histórica ni permiten reconstruir de forma directa la vida de las colonas extranjeras y españolas, pero

sí ofrecen un campo especialmente fértil para observar cómo la memoria literaria y local ha imaginado su papel en la fundación, consolidación y transmisión de las Nuevas Poblaciones carolinas. La ficción actúa aquí como espacio de elaboración cultural del pasado, pues en ella se proyectan genealogías familiares, identidades comunitarias, sensibilidades contemporáneas hacia el género y formas diversas de reparar o reproducir silencios. Esta dimensión resulta especialmente significativa en un ámbito historiográfico donde la mujer, la familia y la vida cotidiana han recibido una atención mucho menor que otros aspectos de la empresa colonizadora (Hamer Flores, 2019, pp. 101-103).

Uno de los resultados más claros es la importancia de las tareas cotidianas para comprender el arraigo colono. La fundación de una comunidad agraria no se muestra únicamente como efecto del reparto de tierras, la construcción de casas, la actuación de Olavide o la vigencia del Fuero, porque depende también de una trama cotidiana de alimentación, cuidado, limpieza, crianza, asistencia a enfermos, apoyo en la roturación, transmisión de habilidades y administración de la escasez. En muchos casos, las novelas no nombran esas tareas como trabajo, pero las convierten en condición indispensable del arraigo. La literatura reproduce así una naturalización tradicional de la actividad femenina como entrega doméstica, aunque al mismo tiempo permite advertir que sin esa actividad no habría comunidad estable. Esta lectura enlaza con la historiografía que ha subrayado la participación de las colonas en el trabajo agrícola, doméstico, artesanal y comunitario (Hamer Flores, 2019, pp. 105-106; Moreno Martínez, 2022, pp. 246-248).

La centralidad femenina aparece también vinculada al matrimonio, la maternidad y el linaje, aunque de forma profundamente ambivalente. Muchas obras convierten a las mujeres en garantes de continuidad familiar, ya sea como esposas fundadoras, madres de descendencia, viudas que preservan bienes o figuras que recomponen hogares dañados por la muerte. Teresa Teclemayr, Mariana Hebix, Margarita Cron o Conchita sostienen genealogías, transmiten memoria familiar y encarnan la permanencia de la comunidad. Sin embargo, esa relevancia no implica necesariamente autonomía. La mujer funda y reproduce el linaje, pero la memoria del linaje suele conservarse bajo apellidos masculinos, decisiones familiares tomadas por otros y expectativas sociales que restringen su educación, movilidad y margen de elección. La regulación histórica de la

transmisión de las suertes, favorable a los varones y más condicionada para las hijas, ayuda a comprender esta tensión entre indispensabilidad femenina y subordinación jurídica o familiar (García Cano, 2021, pp. 568-570).

La propia noción de trabajo femenino se amplía cuando se observa el corpus en conjunto. Junto al trabajo visible en la tierra, el comercio ambulante, la sanación, la asistencia al parto, la posada o la gestión patrimonial, aparece un amplio conjunto de tareas absorbidas por la rutina doméstica y por la moral del cuidado. Esa invisibilidad es una de las claves del análisis. Las mujeres trabajan cuando roturan, venden, curan, negocian escrituras o tutelan bienes, pero también cuando cocinan, cosen, lavan, preparan remedios, cuidan enfermos, se ocupan de los niños, organizan las casas o hacen posible la hospitalidad. La narrativa reciente, especialmente la de base documental y memorial, ha tendido a hacer más visibles esos ámbitos, en particular cuando desplaza la atención hacia viudas, dotes, poderes notariales, deudas, herencias y cesiones.

Esa centralidad material, familiar y laboral convive con una exposición constante a distintas formas de vulnerabilidad. Las mujeres del corpus aparecen afectadas por la violencia, la pobreza, la desprotección jurídica, la vigilancia moral y el control familiar. Las obras más recientes han ampliado de forma notable este campo de representación al incorporar acoso, violencia doméstica, sospecha sobre saberes curativos, abuso sexual, viudedad, dependencia legal, dote, tutela, prostitución forzada, maternidades desposeídas y desigualdad ante los procedimientos. Algunas de estas representaciones recurren a una intensidad melodramática que debe manejarse con prudencia, pero su valor cultural resulta claro. Frente a una memoria colonizadora más amable, introducen daño, coerción y desigualdad como elementos constitutivos de la experiencia femenina narrada.

Esa vulnerabilidad no agota, sin embargo, la capacidad de actuación de los personajes femeninos. Teresa defiende la huerta familiar; Mariana decide migrar y casarse; Margarita Cron recompone una casa; Gisela, Helga y Catalina Rumford intervienen mediante saberes curativos; María Arnedo negocia ante la ley; Ilse/Elsa defiende su cuerpo y decide sobre el sentido de sus vínculos afectivos; Conchita ejerce influencia desde el consejo doméstico; Rosa administra la hospitalidad de la posada; Catherine Bauer convierte el cuidado en información; y María de Belfor encarna una memoria protegida por el silencio.

Estas actuaciones no destruyen el orden patriarcal ni convierten a las protagonistas en sujetos plenamente libres, pero muestran capacidad de decisión, resistencia y estrategia. La agencia femenina aparece así en formas discretas, domésticas, jurídicas, afectivas, curativas o memoriales.

La comparación diacrónica muestra, además, una ampliación progresiva de los problemas desde los que se representa a las mujeres. *Por trescientos reales* establece una matriz fundacional donde la mujer aparece como esposa colona, trabajadora, madre y símbolo elegíaco de una identidad germánica que se desvanece. Las narraciones genealógicas posteriores convierten a la mujer en matriz de arraigo y continuidad familiar. A partir de obras como *Razones, esperanzas y sin razones*, *Margaritha*, *Las alas del albatros*, *1767 Pipirigallo* o *1767 Espuma de plata*, la representación femenina incorpora con mayor claridad violencia, deseo, saberes, trabajo, desigualdad jurídica y reparación. En *La esposa de don José*, *El último otoño*, *El árbol de los silencios* y *Al servicio de Viena*, la mujer se convierte además en clave de memoria, escritura, silencio, vida doméstica, mediación informativa y transmisión posforal. Esta evolución no elimina los modelos de esposa sufriente, madre fundadora, viuda digna o mujer sacrificada, pero los reinterpreta desde preguntas nuevas.

La memoria constituye, en último término, el eje que permite articular el conjunto. En las obras recientes, la mujer no aparece únicamente como personaje situado en el pasado, sino como problema de transmisión. Las novelas se preguntan quién conservó sus nombres, qué documentos permiten reconstruirlas, qué relatos familiares las recordaron solo como esposas, madres, hijas o viudas, qué silencios protegieron o borraron su experiencia y qué parte de sus vidas solo puede evocarse mediante la ficción. En *Margaritha*, la escritura opera como reparación de una mujer violentada y olvidada; en *1767 Espuma de plata*, el archivo se convierte en punto de partida para visibilizar desigualdades; en *La esposa de don José*, la vida doméstica de una mujer definida por su relación conyugal se transforma en centro narrativo; en *El último otoño*, la memoria masculina depende de mujeres que cuidan, aman, mueren y transmiten; y en *El árbol de los silencios*, la escritura se enfrenta a los límites éticos de lo que puede saberse, contarse o callarse. La mujer colona narrada pertenece así al pasado recreado, pero también al presente que decide buscarla, imaginarla o respetar sus zonas de sombra.

El límite persistente se encuentra en que la visibilización femenina no siempre rompe la estructura masculina del relato. Muchas mujeres siguen apareciendo a través de su relación con varones, como esposas, madres, hijas, viudas, amantes o transmisoras de apellidos. Incluso cuando ocupan un lugar central, su centralidad puede quedar asociada al sacrificio, al cuidado o a la reproducción familiar. La narrativa reciente corrige parcialmente ese marco al introducir más interioridad, conflicto, memoria y denuncia, aunque no siempre logra desprenderse de idealizaciones o recursos convencionales. Esta ambivalencia constituye uno de los resultados principales del análisis: las mujeres son imprescindibles para narrar la colonización, pero esa indispensabilidad convive con formas persistentes de subordinación simbólica.

En conjunto, la narrativa histórica sobre las Nuevas Poblaciones carolinas permite observar una colonización que también se construye desde experiencias femeninas de migración, trabajo, cuidado, maternidad, enfermedad, resistencia, pérdida, herencia y memoria. La presencia de estas mujeres no siempre supone un protagonismo pleno ni una ruptura con las estructuras que las subordinan, pero atraviesa de manera constante las formas en que el corpus imagina el poblamiento y su continuidad. La mujer colona narrada no sustituye a la mujer histórica, aunque sí permite examinar qué lugar le ha concedido la memoria literaria de las Nuevas Poblaciones y qué aspectos de esa experiencia han sido recuperados, discutidos o reconstruidos desde el presente.

Bibliografía

Anaya Moreno, Isabel. (2017). *Razones, esperanzas y sin razones*. Málaga: Promotora Cultural Malagueña.

Bel Martínez, José Miguel. (2012). *Las alas del albatros.* Madrid: Editorial Aldevara.

Caravias Aguilar, Carlos. (2021). *Margaritha. Historia de una mujer en la historia del Pueblo*. Málaga: Ediciones Corona Borealis.

Caravias Aguilar, Carlos. (2024). *La leyenda de Demerik. El poder dormido*. Madrid: Avant Editorial.

Espejo Álvarez, Jesús. (2003). *Juan Jacobo y las luces*. Sevilla: Diputación de Sevilla y Ayuntamiento de Cañada Rosal.

Fernández Seiler, Pablo. (2025). *Entre guerras, el diario de Enrique Seiler*. Sevilla: Universo de Letras.

Fernández-Kofbler Casas-Neff, Carmen María. (2023). *1767 Pipirigallo*. Jaén: Edición de la autora.

Fernández-Kofbler Casas-Neff, Carmen María. (2025). *1767 Espuma de plata. Tesoro romano en La Carolina*. Jaén: Edición de la autora.

Fernández Prieto, Celia. (1996). “Poética de la novela histórica como género literario”. *Signa. Revista de la Asociación Española de Semiótica*, 5, pp. 185-203.

Fílter García, Alberto J. (2008). *Puerto de felicidad*. Sevilla: Asociación de Amigos 27 de Agosto de Cañada Rosal.

Fílter García, Alberto J. (2012). *Forjadores de sueños*. Sevilla: Asociación de Amigos de Cañada Rosal.

García Cano, María Isabel. (2021). “Las ideas ilustradas sobre la mujer en las Nuevas Poblaciones carolinas”. *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, 170, pp. 537-582.

Gómez Martín, M. (2011). “Percepciones de género. La reconstrucción de personajes femeninos en la novela histórica española (1981-2010)”. Comunicación presentada en el *IV Encuentro de Jóvenes Investigadores de Historiografía ‘En torno a la novela histórica’*, http://digibuo.uniovi.es/dspace/handle/10651/3591

Hamer, Adolfo. (2025). *El árbol de los silencios*. Madrid: Bubok Publishing.

Hamer, Adolfo. (2026a). *El último otoño*. Madrid: Bubok Publishing.

Hamer, Adolfo. (2026b). *Al servicio de Viena*. Madrid: Bubok Publishing.

Hamer Flores, Adolfo. (2019). “Extranjeras y españolas en una colonización agraria. Las mujeres en las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena y Andalucía (siglo XVIII)”. *Brocar*, 43, pp. 101-126. https://doi.org/10.18172/brocar.4238

Kaltofen, Rudolf A. (1944). *Por trescientos reales. Florecimiento y desaparición de una colonia alemana de campesinos, a fines del siglo XVIII* (E. Huidobro de la Iglesia y E. Tech de Huidobro, Trads.). Madrid: Espasa-Calpe.

López Maldonado, José Pablo. (2026). *Una historia andaluza*. [S.l.]: Independently published.

Moreno Martínez, Álvaro. (2022). “Mujer, familia y cotidianidad en las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena: vivir, trabajar y divertirse”. En Manuel Cabrera Espinosa y Juan Antonio López Cordero (coords.), *XIV Congreso Virtual sobre Historia de las Mujeres (15 al 31 de octubre de 2022). Comunicaciones* (pp. 237-256). Jaén: Asociación de Amigos del Archivo Histórico Diocesano de Jaén.

Mugar, J. J. [Juan Muñoz García]. (2017). *Las raíces de la tierra*. Córdoba: Ediciones ETC. Primera edición publicada en 2014.

Mugar, J. J. [Juan Muñoz García]. (2021). *Erika y el sueño español*. [S.l.]: Independently published.

Nash, Mary; Ramos, María Dolores; Blasco, Inmaculada; y Cleminson, Richard (2016). “Historia de las mujeres y de género: pasado y futuro”. *Ayer*, 104(4), pp. 249-276.

Sánchez Redondo, Ángel. (2007). *A la sombra de una oliva. Novela histórica ambientada en La Carolina, capital de las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena*. Jaén: Caja Rural Jaén, 2.ª edición. Primera edición publicada en 2002.

Sánchez Rincón, María del Carmen. (2026a). *La esposa de don José*. En María del Carmen Sánchez Rincón, *Ilustres sin nombre. Historias de La Carolina* (pp. 1-191). [S.l.]: Independently published.

Sánchez Rincón, María del Carmen. (2026b). *El secreto de don Agustín*. En María del Carmen Sánchez Rincón, *Ilustres sin nombre. Historias de La Carolina* (pp. 193-381). [S.l.]: Independently published.

Sánchez Rincón, María del Carmen. (2026c). *En el nombre de Teresa*. En María del Carmen Sánchez Rincón, *Ilustres sin nombre. Historias de La Carolina* (pp. 383-584). [S.l.]: Independently published.

Scott, Joan W. (1986). "Gender: A useful category of historical analysis". *The American Historical Review*, 91(5), pp. 1053-1075.

Tubío Adame, Francisco. (2018). *Intrigas en Écija*. Córdoba: Diputación de Córdoba.